

Newton Compton Editores

Título original: *Il collezionista di quadri perduti*

© 2016, Newton Compton editori s.r.l.

© 2024, de la traducción por Patricia Orts García

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-05-8

Código IBIC: FA

DL: B 21.216-2023

Composición:

Sergi Godia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Fabio Delizzos

El coleccionista de cuadros perdidos

Traducción de Patricia Orts



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

A Rosa,
sine qua non

PRIMERA PARTE

Roma, 18 de mayo de 1555

Cuarto día del cónclave

Capítulo 1

A fulgure et tempestate libera nos, Domine.

La gran campana se balanceaba con poderío, recortándose contra un cielo del mismo color. El badajo golpeaba el bronce con fuerza, haciendo vibrar las frases grabadas en él, dándoles voz.

Soli Deo honor et gloria.

Una campanada para ahuyentar a los ejércitos hostiles y a todas las insidias del demonio, otra para alejar el fragor de la lluvia de hielo, otra contra el torbellino de los huracanes, el ímpetu de las tormentas, relámpagos y truenos amenazadores, para detener los remolinos de viento, para arrasar y vencer a los espíritus de las tempestades y las potencias del aire.

Exaudi, Domine, vocem populi tui et libera eum ab omni malo.

Pero el maligno parecía sentirse atraído por las oraciones dirigidas a Dios. Al igual que un cazador de suplicantes, seguía las huellas de sus presas y las dejaba sin escapatoria. Los hombres deberían haber temblado en silencio, pero, en lugar de eso, gritaban a los cuatro vientos que estaban en peligro e indefensos.

El pie del esbirro vaciló antes de tocar el cuerpo desnudo de la mujer.

No hubo ninguna reacción.

Volvió a intentarlo. Nada.

Se agachó para ponerle la mano delante de la boca, la mantuvo allí unos instantes y la retiró seca.

No respiraba. El barquero que se había zambullido en el río para sacarla seguía retorciéndose la ropa, aunque su desnudez pasaba desapercibida entre el revoltijo de curiosos que lo acribillaban a preguntas.

—¿Cuándo ocurrió?

—¿La viste saltar del puente?

—¿Estaba ya muerta cuando la encontraste?

Como el hombre no contestaba, los presentes empezaron a hacerse preguntas entre ellos.

—¿Alguien la conoce?

—¿Qué edad tendría?

—¿Deberíamos avisar al alguacil?

El esbirro desenvainó su espada y apuntó hacia el tumulto.

—¡Silencio! —despotricó.

Necesitaba calma.

A su mente aturdida por el vino le costaba descifrar la escena que tenía ante sus ojos.

Ni siquiera podía recordar por qué razón había pasado por San Pedro a esa hora, dado que se acercaba una gran tormenta.

Con el sol, habían desaparecido hasta las sombras.

La lluvia no tardaría en llegar.

No lejos de allí, se estaba erigiendo la nueva basílica, tan grande como la indignación que le había causado a Lutero y como la fisura que había abierto en la cristiandad. La basílica crecía poco a poco, como una bestia de piedra, devorando ladrillos de color rojo sangre, travertino blanco y mortero de puzolana. Una fábrica inconmensurable. Andamios de madera, cuya parte superior escapaba a la mirada de los transeúntes y que, en los días de mal tiempo, se perdían entre las nubes junto con los albañiles, los canteros, los carpinteros, los cortadores y los herreros que se ajetreaban sobre ellos.

Normalmente, el estrépito que originaba la obra podía oírse hasta el final del anochecer, excepto los domingos, pero, con el cónclave en curso, todos los trabajos se habían detenido para no molestar a los cardenales reunidos en la Capilla Sixtina. La inminencia del mal tiempo en esa tarde había adelantado un poco la tranquilidad nocturna.

Aun así, el silencio se veía quebrado por los truenos, y el bullicio de los curiosos que buscaban algo que contar se estaba volviendo ensordecedor.

El esbirro dio un paso para mantener el equilibrio y siguió observando el cadáver.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Tenía que estar a la altura de las circunstancias y, además, debía presentar un informe a sus superiores. Nada de todo eso estaba previsto, porque, de lo contrario, habría bebido menos.

Escupió.

Se rascó la cabeza.

Nada de nada.

No veía ningún signo de violencia.

Lo único que sus ojos ofuscados por el alcohol podían apreciar era que la mujer no tenía más de veinte años y que debía de haber sido de una belleza impresionante, porque no había perdido un ápice de ella después de que la sangre hubiera dejado de colorear su piel. Ni siquiera podía decirse que tuviera una piel, ya no. «El agua estropea los cadáveres».

Pensó que iba a tener que tomar un camino distinto para volver a casa. Al caer la noche, los alrededores de San Pedro se convertían en una madriguera de bandidos, falsificadores y violadores de monjas. Convenía mantenerse a cierta distancia de ellos, sobre todo tratándose de un esbirro solo.

Los cálidos vapores del vino habían aturdido su memoria, pero no hasta el punto de hacerle olvidar lo que el barquero le había dicho hacía unos minutos: la mujer ya estaba en el río cuando la había visto desde su barca.

Así que alguien debió de haberla empujado al agua.

Tal vez aún estuviera viva, tal vez no, pero una mujer joven tan hermosa, que sonreía incluso después de muerta, no podía haberse quitado la vida.

No estaba en el orden de cosas establecido por Dios.

Capítulo 2

En la orilla izquierda del Tíber, en las inmediaciones del puerto de Ripetta, Ariel Colorni, de pie en la proa del barco, vestido de terciopelo negro y con la cara tapada por un pañuelo, esperaba a alguien. Su figura delgada, algo más oscura que el cielo nocturno, se balanceaba entre las nubes.

Giró lentamente la cabeza, buscando movimientos sospechosos por encima de las orillas. Todo estaba tranquilo, al igual que él, pero no por eso se quitó el miedo de encima, que era como un traje apropiado para la ocasión. Sus ojos escudriñaban la oscuridad con la serenidad propia de un sabio, porque sabían que, en caso de necesidad, podía sacar una pistola de repetición en un santiamén.

Aun así, la espera le estaba resultando insoportable.

Según los cálculos y las pruebas, Raphael debería haber llegado con el tañido de las campanas. Por otra parte, la tarea que estaba llevando a cabo no era nada fácil: tenía que retirar dos retratos pintados al fresco de la pared del edificio del Santo Oficio valiéndose de unos instrumentos de precisión, mal iluminado por una lámpara de aceite y tratando al mismo tiempo de esquivar a la guardia. Se trataba de desprender dos porciones de yeso, depositarlas en unos soportes planos, meterlas en unos estuches y, por último, cargarlas en el carro.

Y eso era solo el principio. Lo más difícil venía después: pasar la aduana, entrar en el puerto y subir al barco.

Por suerte, tenían un as en la manga: el arriero. Era un muchacho delgado y sordomudo que, sin embargo, formaba parte de una banda de bandidos muy poderosa, especializada en organizar peleas con apuestas, robar a los ricos en los caminos y apoderarse de mercancías de todo tipo en las puertas de las ciudades o en los puertos fluviales y marítimos con el fin de eludir los aranceles.

Raphael se había puesto de acuerdo con la líder de dicha banda

al llegar a Roma: los pocos que conocían su existencia la llamaban simplemente «doña Angelica».

Era el salvoconducto necesario para sacar de Roma las obras heréticas que Raphael había ido a buscar.

Se trataba de una misión peligrosa, pero el joven aseguraba que lo revigorizaba, que lo hacía sentirse del lado de los justos. Ariel lo comprendía, pero no por eso lo aprobaba. Desde que el hermano de Raphael había sido quemado vivo en la hoguera y sus pinturas confiscadas y destruidas, a este se le había metido en la cabeza que tenía que salvar todas las obras que corrían peligro de ser destruidas por los inquisidores.

En esta ocasión, seguía la pista de un pintor desconocido llamado «Anónimo», perseguido por la Inquisición romana, quien lo acusaba de matar a sus modelos y de realizar sus cuadros con la ayuda del diablo.

Ariel sonrió. Normalmente, las investigaciones de Raphael no le preocupaban, pero esta vez se sentía también implicado: el Anónimo había despertado su curiosidad de alquimista y prestidigitador.

Por fin, oyó acercarse el carro, la respiración del burro, el chirrido de las ruedas y el chasqueo de la lengua del mozo mudo, que azuzaba al animal para que fuera más deprisa.

Transportaba una pequeña carga: dos cajas cuadradas de madera de un palmo de alto y un brazo de ancho. Ariel confió en que estuvieran llenas.

También divisó la figura de Raphael. Caminaba en silencio, pero conteniendo a todas luces el impulso de correr. Cuando llegó a su lado, le indicó al arriero que subiera las cajas a la barca, acto seguido le pagó y le hizo comprender con un ademán que debía guardar el secreto. Esperó a que el muchacho se marchara y después embarcó. –Vete –le ordenó, volviéndose hacia detrás–. Rápido.

–¿Lo has cogido? –preguntó Ariel al mismo tiempo que se empujaba desde la orilla con un pie y empezaba a agitar el agua negra con los remos–. ¿Y bien?

Las sonrisas centellearon en la oscuridad mientras la embarcación se deslizaba suavemente por el río. A medida que se alejaban, el chapoteo del casco se tornaba más fuerte, el eco de la ciudad se desvanecía y el contorno de los edificios se difuminaba en la noche, dando paso a todo un zodiaco de ventanas iluminadas.

Ariel se dejaba llevar por los remolinos y la corriente.

Raphael no dejaba de mirar inquieto en todas direcciones, pero todo parecía estar saliendo según lo previsto.

Los inquisidores del Santo Oficio se iban a llevar una buena sorpresa cuando vieran que los frescos donde aparecían las caras de los criminales perseguidos por las autoridades habían sido retirados del muro del palacio.

No habían sido marcados ni destruidos por los prófugos ni por otros delincuentes, como solía ser el caso, sino serrados con extrema precisión.

Era una de las pasiones de Raphael: salvar los retratos de los criminales. De hecho, a menudo solían estar pintados por famosos artistas; colgadas en las paredes de las iglesias, los palacios y los edificios públicos, las célebres obras prestaban un importante servicio a la ciudadanía, ya que facilitaban la captura de los fugitivos, pero estaban destinadas a tener una vida breve, como la de las personas a las que immortalizaban.

En el pasado, Botticelli había pintado a los asesinos de Giuliano de' Médici tras la conspiración de los Pazzi; Andrea del Castagno había representado a tantos que había acabado por ser apodado «Andrea de los Ahorcados»; y Andrea del Sarto había entregado las imágenes de los ciudadanos y los soldados traidores que habían abandonado Florencia durante el asedio.

Todo se había perdido.

De manera que, siempre que le era posible, Raphael las arrancaba por la noche junto con el yeso que les servía de base y luego, gracias a una técnica ideada y desarrollada por Ariel, trasladaba el fresco a un lienzo normal, transformándolo de esta forma en un cuadro.

En las cajas de madera estaban las caras del Anónimo y de un tal Tremadio, al que los esbirros del Santo Oficio buscaban por todas partes y que, según se rumoreaba en la ciudad, habían sido pintadas por un alumno del gran Miguel Ángel Buonarroti.

Tremadio aparecía representado como un fraile de mirada adusta y mandíbulas pronunciadas. El Anónimo, por su parte, tenía cabeza de macho cabrío. Si lo habían pintado así era porque, al igual que su nombre, su rostro también era desconocido.

Raphael seguía escudriñando la noche con la mirada, buscando sombras.

No vio nada.

Al final, cruzó las piernas y se puso cómodo.

–Llevémoslos a la catacumba –dijo.

Todo parecía apacible. Las aguas plateadas, las sombras oscuras de los árboles, los reflejos en el mármol de las iglesias y los conventos... Al inspirar se percibía el vanidoso aroma que emanaban las villas de los cardenales y el olor a resina de sus jardines. Tras dejar atrás el Castillo de Sant' Angelo y llegar a San Pedro, Ariel soltó los remos y dejó que la barca se deslizara sola durante un largo trecho.

Señaló algo a lo lejos, en la orilla derecha.

Raphael también lo vio.

En el muelle había agitación, una multitud ruidosa.

Por lo visto, habían sacado algo o a alguien del río.

La barca los dejó atrás, resbalando sobre el brillante reflejo de una hilera de antorchas.

Pasaron desapercibidos. La atención de todos los presentes se concentraba en el cuerpo tendido de espaldas sobre la piedra mojada y cubierto con un saco de arpillera.

Los largos mechones de pelo que rodeaban la cabeza evidenciaban que se trataba de una mujer.

–Ten piedad de ella, Señor Dios vivo y rey del mundo –dijo Ariel.

Raphael, sin embargo, guardó silencio.

Capítulo 3

Tenía las manos atadas a la espalda con una cuerda que colgaba de la polea.

Obedeciendo la orden del inquisidor, el monseñor Arquez, el verdugo izaba un metro del suelo al interrogado y luego lo dejaba caer de golpe, de forma que sus hombros sufrieran una violenta sacudida. Las cabezas de los húmeros se salían de su sitio y quedaban sueltas entre los tendones y los músculos.

Dolor.

Insoportable.

De cuando en cuando, sin embargo, el torturado sentía algo diferente. Miedo. Extravío. Y, en los benditos instantes en que el dolor se aplacaba, volvía a emerger el hedor de la orina que le había resbalado desde las calzas hasta los zapatos.

–Hable si no quiere seguir sufriendo –lo intimidó Arquez con trazas de humanidad que se mezclaban en la amalgama de palabras frías, implacables, despiadadas–. ¿Dónde se reúnen?

No hubo respuesta. El cuerpo volvió a elevarse gimiendo y después cayó de nuevo, acompañado de un grito ahogado.

–¡Socorro! ¡Me van a matar! No sé nada –afirmó el acusado con el tono más suplicante que jamás había salido de su boca.

–Quiero saber dónde se esconden los demás miembros de la secta, quién es su jefe.

El verdugo, con la cara tapada por una máscara de cuero, se acercó al prisionero para olfatear el efluvio de terror que emanaba de su cuerpo sudado.

Volvió a izarlo.

–¡Piedad!

Lo hizo caer una vez más, sumergiéndolo de nuevo en un baño de dolor.

Tremadio lanzó gritos lastimeros.

Arquez inclinó la cabeza hacia atrás y, por un momento, las velas que colgaban del techo iluminaron tenuemente su boca, dejando a la vista una tétrica hilera de dientes color azufre. Un detalle que contrastaba con los delicados rasgos de su cara, con su piel de tono marfil, con sus mejillas, hundidas bajo unos pómulos salientes, y con sus iris, tan claros como un trazo difuminado alrededor de la pupila.

—Habéis celebrado misa, consagrado, predicado y confesado sin ser sacerdote. Solo por eso debería entregaros de inmediato al monseñor gobernador de Roma para que os queme vivo en la plaza pública, pero sus pecados son mucho más graves. Habéis predicado que, para salvar el alma, hay que hacer justo lo contrario de lo que prescribe el Evangelio. Pese a todo, y como podéis ver, estoy aquí, deseando escucharos. Os aconsejo que respondáis.

—¡Sí, sí, responderé, diré lo que queráis!

—Es un seguidor del diablo, ¿verdad?

Tremadio miró al tribunal levantando la cabeza con dificultad. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Soy inocente.

—¿Practicáis la nigromancia y los encantamientos para dañar a la buena gente?

—No, no, eso nunca —lloró.

—¡Estáis mintiendo! Queremos los nombres de todos, queremos saber dónde están.

—Yo...

El falso monje miró hacia su regazo. Sus manos no estaban allí, sino atadas a su espalda, pegadas la una a la otra con el hierro, que se hundía en su piel y le obstruía las venas. Resolló y, acto seguido, murmuró:

—Soy un ignorante, excelentísimos miembros de este tribunal. Me voy de la lengua. He dicho cosas graves sobre el Evangelio. Gracias, gracias. —Su cabeza se derrumbó, lanzó un grito desesperado—. Merezco que me castiguen, pero no sé nada sobre lo que me piden. No conozco ninguna secta.

—Tenemos información sobre vos. Testimonios irrefutables.

—¿Quién me ha denunciado?

—Es a vos a quien corresponde decírnoslo. ¿Tenéis enemigos? Decidnos sus nombres. Si uno solo coincide con el nombre de la persona que os denunció, podríamos ser más indulgentes.

Los miembros del tribunal se intercambiaron unas sonrisas sarcásticas.

El acusado parecía estar a punto de ceder, pero resistió. Hablar era solo otra forma de que lo condenaran a una mala muerte. Además, estaba seguro de que los familiares de la Inquisición lo habían espiado, lo observaban desde hacía tiempo y quizá hubieran asistido incluso a varios de sus sermones.

Había sido un imprudente.

No podía negar, no podía confesar.

Pensó que su fin había llegado.

Arquez se frotó las manos.

–La vacilación delata al mentiroso, Aldrico Tremadio, conozco de sobra los laberintos mentales de un interrogatorio. –Hizo un ademán al verdugo–. Maestro Verre, tal vez debería explicar al acusado en qué situación se encuentra.

El verdugo cogió unas tenazas para apretarle los dedos y las sopesó. Parecía satisfecho. Colocó el acero sobre un brasero encendido y lo mantuvo en él hasta que empezó a brillar.

–¿Dónde os reunís? Quiero nombres y apellidos.

–No sé de qué me estáis hablando.

–De vosotros, depravados, sodomitas, seguidores del diablo. El pintor sin nombre, al que llaman el Anónimo, ¿es uno de ellos?

El colgado tartamudeó:

–No sé nada sobre esas cosas.

–Eso significa que no valoráis vuestra vida.

–No sé nada –vociferó desesperado–. ¿Cómo tengo que decíroslo? Han capturado a la persona equivocada.

El verdugo se detuvo a sus espaldas, sin que él pudiera verlo.

Tremadio sintió su aliento caliente en el cuello.

Erguido en su silla, monseñor Arquez asentía, riéndose sarcásticamente.

–¿Queréis usar esa boca como se debe y decirnos lo que os estamos preguntando?

–El dolor es excesivo –se lamentó Tremadio–. No puedo pensar.

Concedieron algo de tiempo al prisionero para recuperarse.

No demasiado, porque Arquez estaba impaciente.

–Vamos, hablad. –Tremadio negó con la cabeza–. He asistido a varias reuniones de librepensadores, pero nadie sabe los nombres

de los que participan en ellas. Además, el lugar cambia en cada ocasión.

—¿Son reuniones satánicas?

—No, no, excelencia, siempre han sido reuniones sin más. Confieso que a veces leemos el Evangelio en voz alta, pero normalmente se comentan los acontecimientos más recientes. Para estar al tanto de lo que ocurre en la ciudad, en definitiva. Los invitados se reúnen todos los meses, consultan un cuaderno y al lado de cada noticia añaden la información de que disponen, confirmándola o no, o aportando más detalles. Debaten sobre la actualidad. Después, unos copistas transcriben esa especie de boletín y este se difunde entre los amigos. A veces lo imprimen en hojas volantes y las venden en la calle, en el mercado...

—De manera que existe un boletín informativo. Simples pasquines. Entonces, ¿por qué utilizáis un alfabeto cifrado para comunicaros entre vosotros?

—Habláis de cosas que no entiendo, honorable magistrado.

—En vuestra casa encontramos cartas escritas en lenguaje cifrado. Arquez eligió una al azar y la leyó en voz alta:

Querido Frater S.:

Armonía con la corriente de la vida universal. Que la libertad, la belleza y el amor ardan en tu corazón. ¿Recuerdas al hijo adoptivo de Pietro Dardo, el hermano de Leonardo, el pintor? Está vivo, ha regresado a Roma y se encuentra bien. Se ha puesto en contacto con el maestro y desea conocerlo. Te lo contaré con detalle en cuanto volvamos a vernos. *Osculum infame*. Siempre tuyo,

Frater T.

—¿Reconoces que esta carta es tuya? ¿Eres Frater T.?

Sí, claro que la reconocía. Recordaba la ingenua serenidad de espíritu con la que la había escrito hacía apenas unos días, seguro de que, incluso si hubiera caído en malas manos, no habría resultado tan fácil de descifrar, pero, en lugar de eso... Demasiada imprudencia, demasiada, sobre todo tratándose de alguien que debería haber sabido con qué despiadada eficiencia actuaba el Santo Oficio.

—El imputado y sus interlocutores hicieron uso de un sencillo cifrado de César —explicó Arquez a los restantes miembros del tribunal—:

Cada letra del alfabeto latino se sustituye por una del alfabeto cifrado. Nuestros expertos calcularon la frecuencia de las letras y lo resolvieron en apenas una hora. El alfabeto cifrado es este.

Se lo mostró a todos, escrito en una hoja de papel en letras mayúsculas y unido al texto plano.

BAPHOMETUVWXYZCDFGIJKNQRS
ABCDEFGHIJKLMNQRSTUWXYZ

—Cada letra del alfabeto cifrado corresponde a una letra del alfabeto en texto plano o sin formato. De manera que, si quiero escribir *frater*, escribiré *mgbjog*. Como pueden ver, las primeras letras del alfabeto cifrado con el que se comunican estos hechiceros forman la palabra «*baphomet*».

BAPHOMETUVWXYZCDFGIJKNQRS

—Esta es la palabra clave con la que el receptor del mensaje deduce fácilmente todo el alfabeto cifrado. Basta continuar con la letra del alfabeto normal que sigue a la última letra de la palabra clave; *baphomet* termina con «t», así que el alfabeto cifrado continuará con la «u», y así sucesivamente, volviendo a empezar desde cero, solo que saltando las letras que ya contiene la palabra clave; de esta forma, se prosigue hasta obtener el alfabeto cifrado completo. Pues bien, a pesar de no ser un experto en historia, he estudiado el juicio contra los caballeros templarios y sé que fueron acusados de adorar a un ídolo diabólico llamado Baphomet.

Los presentes asintieron admirados.

Arquez se dirigió de nuevo al imputado.

—¿Queréis decirnos quién es Frater S., el destinatario de vuestra misiva?

—Me gustaría poder responderos, pero, por desgracia, no lo sé. Como ya les he dicho, solo me dedicaba a recoger chismes y a transcribirlos después. Eso es todo. Me he reunido pocas veces con esas personas, solo para pasar unas horas en agradable compañía. Repito que no sé sus nombres ni dónde viven.

—¿De manera que no sois Frater T.?

—No.

Monseñor Arquez lo consideró como un sí.

–«*Osculum infame*» significa «beso vergonzoso» –explicó, a pesar de que todos los presentes conocían bien el latín–. Las brujas saludan así al diablo durante los aquelarres, besándole el ano, su segunda boca. Los templarios fueron acusados de practicar esa y otras infamias. Hablad, aún estáis a tiempo de hacerlo.

El inquisidor dobló la cabeza en busca del verdugo y lo vio con el rabillo del ojo: seguía allí, detrás de él, con las tenazas en la mano.

–Quiero colaborar –dijo.

–¿Quién es Frater S.?

–La verdad es que no lo sé, ilustrísima excelencia.

–Siendo así, hablemos del hijo de Pietro Dardo y hermano de Leonardo...

–Yo no escribí esa carta.

–¿Tanto despreciáis la vida? La misiva estaba en vuestra casa, lista para ser enviada, ¿y aun así negáis que la escribisteis? Por si fuera poco, encontramos otras, que tal vez os olvidasteis de quemar. Por ejemplo, esta: «Querido Frater S.: Me temo que el Frater B. ha perdido el juicio. Tengo miedo. Me gustaría hablar con vos personalmente». Sigue una obscenidad y termina con: «*Osculum infame*. Siempre tuyo, Frater T.».

–No la he escrito yo.

–Vuestra vida está en juego. ¿Quiénes son todos esos *frater*, quién es Leonardo Dardo? ¿Queremos los nombres de todos!

–Dardo... –se apresuró a recordar Tremadio– era un pintor. Murió hace unos años.

–¿Cómo murió?

–¡Vos lo matasteis!

–Explicaos.

–El Santo Oficio lo condenó por herejía.

Arquez se acercó al banco, sacó la pluma y escribió una nota: «Archivo, procesos, pintor Leonardo Dardo».

–Proseguid –dijo a continuación–. ¿Quién es el hermano que ha regresado a Roma?

–No lo conozco personalmente, solo he oído hablar de él. Es un tratante de arte.

–¿Cómo se llama?

–No lo sé.

—¿Pertenece también a vuestra secta?

—Pero ¿qué secta? Dios mío —gimoteó el hombre—, me están forzando a decir ciertas cosas. No conozco ninguna secta. Lo juro.

Miró más allá del inquisidor y se dio cuenta de que nadie estaba escribiendo. ¿Por qué no había un notario para levantar acta de las preguntas y las respuestas? ¿Qué clase de interrogatorio era ese?

—¡Responded!

—Me gustaría, pero...

Del banco de los jueces, donde estaban sentados otros dos hombres inertes que guardaban silencio, llegó un gesto de asentimiento.

Se volvió a oír el lúgubre chirrido de la polea.

La caída, el desgarrar.

Los gritos, cada vez más débiles.

—¿Sois miembro de la secta, sí o no?

—No, no y no.

—Siendo así, ¿por qué os importa tanto?

—Su hermano...

—Respirad. Os espero.

—Su hermano era amigo nuestro.

—¿Y decís que no sabéis cómo se llama?

—Es cierto, excelencia.

—Entonces, ¿qué sabéis de él?

—Que está buscando pintores. Llegó a la ciudad como tratante del duque de Florencia, Cosme de Médici, a quien dice quiénes son los mejores pintores para que este los invite a su corte. Además, compra muchos cuadros, paga bien, es todo lo que puedo deciros.

—Polea.

—No, por favor, os lo ruego. Fue a ver a alguien que conozco, un amante del arte, y le preguntó por ese maestro pintor.

—¿Y quién es el tal pintor?

—No me acuerdo.

Polea.

Elevación.

Sacudida.

—Puede que necesitéis un poco de ayuda: ¿por casualidad se hace llamar el Anónimo?

—Eso es, excelencia, sí, sí...

—Hace un momento nos dijisteis que no habíais oído hablar nunca

del Anónimo. Nos estáis mintiendo. Tened cuidado, porque nuestra clemencia tiene un límite.

–Cometí un error, excelencia, me confundí. No sé qué más añadir. El dolor me ha ofuscado la razón.

–¿Podéis decir a este tribunal dónde es posible encontrar al pintor Anónimo y quién es?

–Nadie lo sabe, excelencia.

–Por lo que veo, no deseáis colaborar.

Obedeciendo a un movimiento de cabeza de Arquez, el verdugo agarró los dedos índice y corazón de la mano derecha del preso y los introdujo en las anillas de las tenazas, que estaban al rojo vivo.

El prisionero intentó esquivarlo balanceando el cuerpo.

–¿Por qué? –gritó a todo pulmón.

Inspiró y volvió a gritar varias veces, retorciéndose como si estuviera ya en la hoguera, donde, sin duda, iba a acabar, mientras las tenazas le quemaban y le estrujaban la mano hundiéndose en ella hasta los huesos.

Luego, en el silencio, oyó el sonido blando y húmedo que hizo el metal al despegarse de su piel, que se desprendió con malignidad de ella, destrozándole el alma.

El verdugo rodeó su cuerpo exhausto y se plantó ante él, listo para empezar de nuevo.

El prisionero no perdió el conocimiento. Su cabeza cayó en su pecho junto con las lágrimas y la saliva.

Aunque en ese momento su consciencia era apenas un destello, un eco remoto de lo que había sido hasta hacía apenas unas horas, aún le quedaban fuerzas para confesar, pero ya era demasiado tarde para salvarse.

–Llevadlo a su celda –ordenó monseñor Arquez.

En ese momento, un esbirro entró en la sala de tortura sin prestar atención al suplicio que se estaba ejecutando.

–¿Excelencia? –El guardia se acercó al inquisidor con una cautela reverencial y, tras recibir su permiso, inclinó la cabeza para susurrarle al oído–: Debe ver una cosa.

Capítulo 4

El cuerpo que el Tíber había devuelto y que en ese momento resultaba difícil mirar sin sentir repulsión había sido, hasta hacía apenas unas horas, un concentrado de delicias, una belleza que había hecho perder la cabeza a muchos hombres y había despertado la envidia de todas las mujeres de Roma. Además, podía admirarse en varios cuadros expuestos en los palacios más suntuosos de la ciudad y quién sabe en qué otro lugar del mundo, incluso en los frescos de las residencias cardenalicias.

Así pues, al inquisidor del Santo Oficio no le había resultado difícil averiguar su identidad: se trataba de Lavinia Cenci, la tercera de los cinco hijos vivos de dos miserables criadores de conejos.

Hasta un poeta le había dedicado unos versos en los que describía su boca como la «puerta de la risa» y su melena como «cadenas de servidumbre».

Durante los tres últimos carnavales, los ojos de la multitud habían estado puestos en ella, la humilde plebeya que se vestía de brocado, a la manera de las grandes damas. Desde la época de Giulia Farnese, la provocadora hermana del papa, Roma no había vuelto a quedar subyugada por el encanto de una sola mujer.

Sic transit gloria mundi.

Monseñor Girolamo Arquez no había obtenido toda esa información en los últimos minutos. Conocía muchos detalles de la vida de la muchacha: por ejemplo, que en sus últimas semanas de vida se la había visto a menudo en compañía del sobrino del cardenal Gian Pietro Carafa, don Carlo.

Arquez se disponía a ver el cadáver de Lavinia por segunda vez.

Se untó la nariz con pomada de alcanfor, la única forma de poder soportar la fetidez, aunque sabía de antemano que la preparación balsámica del boticario de nada iba a servir contra la peste generada por la descomposición.

Nunca entraba de buen grado en las entrañas de la morgue.

—¿Estáis listo, excelencia?

—Proceded.

El barbero asintió con la cabeza y se movió con la confianza de un enterrador entre los escasos rayos de sol que caían en el sótano. El resplandor difuso que lo rodeaba, semejante a un sinfín de pequeñas estrellas centelleando en la penumbra, le confería un aura mitológica. Se arremangó, carraspeó, escupió en un cuenco de cobre que había en el suelo y, por último, se aproximó a la caja de madera, doblando la boca en una mueca de condescendencia.

—¿Han averiguado quién es?

—Aún no —mintió el investigador del Sagrado Tribunal.

Cuanta más información pudiera guardarse para sí, mejor. Siempre.

—Seré el hombre más feliz del mundo cuando te den digna sepultura —murmuró para sus adentros el barbero del hospital.

Miró dentro del ataúd los restos de la belleza de la joven. Limpió los gruesos cristales de sus gafas con el dobladillo de la bata, protestando por el insoportable hedor, que, dijo, habría ahuyentado incluso a una rata de cloaca, luego agarró el cadáver por los hombros y lo trasladó a la superficie de mármol.

—No hay nada especialmente interesante —comentó—. Era una mujer joven, de entre veinte y veinticinco años, pelo castaño y ojos grandes. Pobre criatura. No es fácil asegurarlo, dado el estado de la piel, pero, en mi opinión, no llevaba anillos en los dedos. Eso podría significar que no pertenecía a una familia adinerada.

No lo era, en efecto, pero sí llevaba anillos.

—Los dientes, sin embargo, están en buen estado.

Ganaba bien, como era bien sabido.

Monseñor Arquez exhaló un largo suspiro, como si el aire contuviera un remedio contra la náusea, y se acercó para examinar el cadáver.

Empezó por los pies, la horrible desnudez se deslizó lentamente bajo sus ojos, y, cuando llegó a la altura de la cara, preguntó al barbero si la muchacha había recibido cuidados dentales.

El barbero introdujo un pequeño espejo en la cavidad bucal y la iluminó con una vela.

—Recurrió dos veces a los servicios de un sacamuelas experimentado. ¿Lo veis? Le extrajeron dos muelas del juicio.

–Era joven: debió de hacerlo recientemente.

–No más de uno o dos años –convino el barbero–. Pero... –iluminó también la caverna del cráneo inerte– puede que menos.

La mano del diablo, eso vio Arquez mientras su cara recorría el cuerpo sin vida; porque ese cuerpo no debería haber estado allí. Él mismo había ordenado que lo enterraran y lo había visto descender a la tumba con sus propios ojos.

Una fuerte sensación de náusea se le agolpó en la garganta, le nubló la vista. Una voz en su interior le sugería, le imploraba que saliera de inmediato de allí y que archivara el caso como «suicidio», al igual que en el supuesto de las numerosas personas sin vida ni nombre que se esparcían por la ciudad de Roma. En una ciudad que había vivido las desastrosas consecuencias de la última hambruna, que había visto innumerables cuerpos tendidos en las calles, como si hubieran llovido somníferos del cielo, no habría sido tan extraño añadir un nombre más a la lista.

Pero Arquez no estaba allí para una investigación normal.

De hecho, había marcas de pintura en las piernas de la chica...

Una palabra en el interior de un muslo.

Baphomet.

¿Acaso esos criminales habían querido mandarle un mensaje?

–¿Ha visto esto? –inquirió el barbero.

Con la punta del índice rozó las espinillas y acto seguido la rodilla izquierda y el muslo derecho.

–Pintura –afirmó Arquez con suficiencia, antes de que pudiera darse cuenta de la palabra que acababa de pronunciar. Luego pensó que, si el barbero hubiera sabido leer, ya la habría notado. En cualquier caso, había que extremar la prudencia–. Era una modelo –dijo–. Hágase a un lado, déjeme ver.

Continuó siguiendo los rastros de color, que llevaban al punto en que se unían las piernas de la mujer, el punto más diabólico de la Tierra. Con un ademán, ordenó al barbero que se alejara y acto seguido abrió las piernas al cadáver.

En el vello inmundado asomaba algo, quizá...

Los dedos del inquisidor se abrieron paso voluptuosamente entre los pliegues infernales. Intentó ahuyentar el pensamiento del pecado: solo era un cuerpo sin alma, se justificó, un objeto con otro objeto en su interior, que él tenía la sagrada tarea de extraer.

–¿Habéis encontrado algo? –preguntó el barbero, que se habría acercado de buena gana a mirar.

–No –contestó Arquez.

Pero sí que había dado con algo extraño, inadmisibile: un huevo de gallina.

Al final de aquel extraño parto, Arquez lo examinó a la luz de las velas, atento a no romperlo y a que no lo viera el barbero. Era rojo, como si estuviera cubierto de sangre, pero el religioso comprendió enseguida que se trataba de pintura.

Lo hizo desaparecer bajo la sotana y se dio la vuelta.

–Ahora podéis acercaros. Decidme, en vuestra opinión, ¿cuál fue la causa de la muerte?

–Apostaría que la asfixia. No tiene agua en los pulmones, lo que significa que no se ahogó; tampoco marcas en el cuello, de manera que es posible que la asesinaran tapándole la cara con una almohada. ¿Quién sabe? –El barbero cogió una de las manos de la víctima y la acarició–. ¿Veis? Qué guapa debía de ser.

–La veo.

–¿Quién pudo cometer la crueldad de truncar una vida tan fresca? Monseñor Arquez consiguió por fin apartar el huevo de su mente, el absurdo que representaba.

–Dejad de tocarla –dijo.

–Me da mucha pena. –Los ojos del barbero se posaron lastimosamente en el cadáver de la muchacha–. Pobre criatura –dijo, tocándole la frente–, debes de haber sufrido, mi hermosa niña. –Le acarició el pecho–. Me gustaría que aún estuvieras viva...

Monseñor Arquez lo fulminó con la mirada.

–¿Desde cuándo habláis con los muertos?

–¿Yo? –El barbero hizo una mueca de dolor y reculó un paso. De no haber sido por la escasez de luz, Arquez habría visto cómo palidecía–. Yo... no pretendía que... –balbuceó.

Sus labios temblaban como los de un caballo, porque, a pesar de tener un estómago hipersensible a los malos olores, monseñor Arquez era extremadamente proclive a la tortura y, según se rumoreaba, disfrutaba infligiendo dolor durante los interrogatorios.

–Solo pensaba en voz alta, excelencia.

–Cuidado, barbero.

–Sí, ilustrísimo reverendo.

–Procuremos no ocasionar más tormentos a esta pobre chica. Olvidaos de la disección, no serviría para nada. Los hombres de la cofradía de San Juan de Descolado pasarán a recoger el cuerpo para darle una sepultura digna en su camposanto. Tapadla y no permitáis que nadie, nadie en absoluto, la vea. ¿Queda claro?

–A vuestras órdenes.

–Y ahora –prosiguió el inquisidor, juntando las manos e inclinando la cabeza– recitemos juntos un *Pater noster*.

Capítulo 5

Por la noche, ciertas callejuelas de Roma se llenaban de vida, aunque de una vida sin paz, un bullir de almas inquietas y, según decían los predicadores, ensombrecido por deseos desmesurados, por sentimientos ofuscados y, con frecuencia, nocivos.

Almas sometidas al diablo.

El alguacil del gobernador y su guardia hacían la ronda cada noche por aquel pandemonio dantesco y, siempre que les era posible, lo dejaban atrás fingiendo no ver lo que sucedía. Sobre todo en ese momento en que no había un papa al que rendir cuentas, porque el alguacil era nombrado directamente por el pontífice. Unos días más, puede que incluso unas horas, y un nuevo papa ascendería al trono y nombraría a un nuevo alguacil.

De manera que ¿para qué arriesgarse a recibir una lluvia de piedras?

El pueblo romano no se lo pensaba dos veces a la hora de agredir a los esbirros arrojándoles cosas por las ventanas e insultándolos, y no pocos alguaciles habían acabado mal por haberse colado en el lugar que no debían en el momento más inoportuno.

Sobre todo, por haberse topado con un grupito de nobles revoltosos y arrogantes, que siempre iban armados con espadas y eran proclives a desenvainarlas. Eran temibles. En el mejor de los casos, cuando uno lograba meterlos en la cárcel, alegaban un derecho especial, privilegio, inmunidad o conocido en las altas esferas, de forma que cualquier esfuerzo por hacer cumplir la ley resultaba inútil.

Así pues, no valía la pena molestarse.

No lejos de la Piazza Navona, nada más salir del epicentro de la presencia española en Roma, donde residían los embajadores españoles, la patrulla pasó por delante de una pelea y siguió por su camino sin intervenir.

Avanzó envuelta en los gritos de las prostitutas, quienes, asomadas a las ventanas, hacían señas a los transeúntes o se llamaban unas a

otras alzando la voz de un patio a otro, mientras que las que estaban en la calle exhibían la mercancía y seducían a grupos de jóvenes.

Meretrices.

Pasaron de largo.

Oyeron a un hombre en alguna parte: estaba lanzando guijarros a una ventana y cantando una serenata, gimiendo como un gato en celo.

Perturbación del orden público.

Nada que denunciar.

Luego se toparon con dos tipos que vociferaban amenazas e insultos contra una adivina que acababa de leerles la mano.

Naderías.

Al caer la tarde, muchos acudían a perderse en aquel laberinto, unos bebiendo, otros jugando, otros peleándose sin contención ni motivo.

Pero el burdel de la Veneciana estaba a unas cien varas de esos ruidosos e infames locales y ofrecía las habitaciones más tranquilas y limpias de la ciudad. Los adolescentes, los jornaleros y prácticamente la totalidad de los hombres no podían permitirse el lujo de desahogar allí sus deseos carnales. Solo los ricos, a los que el alguacil no tenía la menor intención de molestar.

Capítulo 6

—¿Os ocurre algo, señor?

—No, estoy bien. Solo son malos recuerdos.

—Si no os gusto...

La prostituta expresó su desencanto. A pesar de que le había mostrado su cuerpo desnudo —caderas generosas, cintura de avispa, el pubis velado por un delicado plumón, unos ojos azules tan brillantes como las gotas de lapislázuli que colgaban de sus lóbulos y unos pechos turgentes por los que resbalaba un collar de perlas tan negras y relucientes como su pelo—, él ni siquiera se había desnudado y se había quedado quieto en la cama, contemplándola sin decir una palabra.

La mujer miró su reflejo en el espejo y se mordió el labio, decepcionada. Era un cliente raro. Joven, longilíneo, con el pelo de color ámbar, los ojos entre verdes y azules, los labios carnosos, el rostro delicado y, cosa nada desdeñable, a todas luces rico.

—¿Puedo preguntaros qué os ocurre, señor? —Él no contestó—. ¿Habéis venido aquí para no hacer nada? Así desperdiciáis vuestro dinero. —Aurora se vistió con parsimonia—. ¿Acaso no os gusto? Pero sí preguntó a la madama por mí...

Partiendo de la punta de un pie, posada con maestría sobre el asiento de la silla, desenrolló por su pierna delgada la primera media de algodón, luego pasó a la otra. Su cara manifestaba el malhumor propio de la humillación, pero sus ojos, cuando los volvió hacia su misterioso cliente, irradiaban una luz que pretendía ser un mensaje de gratitud hacia el insólito espécimen de hombre que no se aprovechaba de ella, que tal vez no la consideraba un simple objeto.

—No me habéis dicho de dónde venís.

—De una pesadilla —respondió él.

La prostituta se rio socarronamente.

Pero era verdad, Raphael siempre venía de una pesadilla. Los malos sueños lo acechaban como buitres posados en sus pestañas a la espera de que sus párpados se cerraran.

Aurora se puso de rodillas a la cama, a su lado, y pasó una mano por delante de sus ojos ausentes.

—¿Puedo saber por qué preguntasteis por mí si no os gusto? —Al no recibir respuesta, agarró una botella de una bandeja de plata, llenó dos vasos pequeños y le tendió uno—. ¿Os apetece? Es un licor que preparan los monjes benedictinos de Norcia.

Él lo rechazó.

La carcajada de Aurora hizo oscilar el colchón.

—No bebéis, no gozáis de los encantos femeninos... ¿Sabéis cuántos hombres querrían estar aquí, en vuestro lugar, y no tienen dinero para permitírselo? No somos simples ramera. Aquí no se contraen enfermedades venéreas. Esta es una casa de primera categoría. No tenéis nada que temer.

La joven tenía razón: era un lugar exclusivo. Bastaba echar un vistazo alrededor para comprenderlo. Las paredes y la bóveda de la habitación estaban decoradas con pinturas eróticas de ángeles rebeldes en poses pecaminosas y hasta había un reloj de pared con el paraíso terrenal representado en la esfera; figuras animadas, entre las que destacaban Adán y Eva, enzarzados en un coito ininterrumpido, al ritmo implacable del tic-tac.

Era lícito preguntarse cómo podía existir un lugar así en la ciudad papal.

Roma estaba llena de burdeles para todos los gustos y al alcance de todos los bolsillos, por el simple hecho de que los clientes eran de todo tipo, pero ninguno se podía comparar con el que regentaba la familia de la dueña, conocida como la «Veneciana»: limpio, perfumado, cómodo, bien cuidado hasta en los detalles decorativos y con las mejores mujeres. A todas horas, pero sobre todo por la noche, al amparo de la oscuridad, la alcahueta veía entrar monedas de oro vestidas con elegancia o incluso luciendo hábitos, y se limitaba a preguntar a cuál de sus muchachas querían ver.

Aurora apuró el segundo vaso de licor.

—¿Cuáles son esas pesadillas de las que me hablabais hace poco?

—Recuerdos desagradables.

—¿Tan malos son que os impiden apreciar la vida?

–Los recuerdos, especialmente los peores, son la única razón de vivir que me queda en este momento.

–Debéis intentar olvidarlos –susurró Aurora en tono seductor y, acto seguido, saltó sobre él, lo exploró con manos expertas y curiosas, posando sus labios cálidos donde antes estaba la ropa, insinuando por doquier una agradable malicia, a tal punto que casi consiguió vencer el extravagante propósito de renuncia de su cliente.

Casi.

–Pregunté por Aurora por otra razón –dijo Raphael a la vez que se apartaba de ella.

Aurora deshinchó el pecho con un suspiro, dándose por vencida, y se dejó caer sobre las sábanas.

–¿Qué queréis de mí?

–Me han dicho que posasteis para el Anónimo.

Los ojos de la chica resbalaron sobre él, tan fríos y oscuros como dos criaturas marinas.

–Y yo que pensaba que erais diferente. En lugar de eso, habéis venido a utilizarme, como todos los demás.

–¿Posasteis para él sí o no?

–Eso fue hace mucho tiempo.

–¿Cuánto tiempo hace que no lo veis?

–Me buscó para un par de cuadros. –La joven levantó la vista pensativa–. Hará unos dos años. Creo. Después de eso no he vuelto a saber nada de él.

–¿Sabéis dónde vive?

–En aquella época estaba en la Via Paulina –contestó la muchacha, encogiéndose de hombros–, pero, como ya os he dicho, no he vuelto a verlo.

No era un gran qué como respuesta, pero, aun así, Raphael por fin podía hablar con alguien que había conocido al Anónimo y que podía informarle de primera mano sobre él, algo que llevaba tratando de hacer desde que había llegado a Roma.

–¿Para qué tema os utilizó?

–Si mal no recuerdo, para una virgen.

–¿Os dijo quién le había encargado la obra?

–Una iglesia, un convento. A decir verdad, no recuerdo si fue él quien me lo dijo o si fue una suposición mía.

–¿Alguna de vuestras amigas ha posado para él recientemente?

–¿Por qué debería decíroslo?

–Os daré una moneda de oro.

–¿De oro?

Raphael se la mostró, era un escudo florentino con el blasón del lirio vuelto hacia ella.

–Se llama Elena Bandinelli –dijo Aurora–. Vive en las inmediaciones del barrio de los Giubbonari. Búsquela en Campo de' Fiori, suele ir a la taberna de la Vacca.

Raphael asintió con la cabeza. Conocía el lugar. Era uno de los bodegones más conocidos de Roma, un lugar por el que había pasado más historia de la que podían presumir muchas ciudades del mundo. Tras la muerte del papa Alessandro VI, su amante, conocida como Vannozza, la madre de Cesare, Lucrezia y Giovanni Borgia, había abierto el local. Y tal vez los hombres que escribían la historia seguían frecuentándolo, ya que allí aún se podía conocer a las mejores prostitutas de la ciudad.

Raphael puso el escudo encima la cama.

–He oído decir que el Anónimo pinta figuras de gran belleza como si fueran reales. ¿Es cierto?

–Sí, aunque no soy experta en arte.

–¿Los retratos que os hizo eran verosímiles hasta el punto de resultar antinaturales?

–No, ninguno de los dos. Eran extraños, como mal hechos, no sé. En broma le dije que, en mi opinión, solo servía para pintar naipes. No volvió a llamarme.

–¿Os pagó bien?

–Sí.

–¿Qué aspecto tenía?

–No lo sé, de estatura normal.

–Supongo que le veríais la cara, ¿no?

–Pintaba con una capucha en la cabeza y el lienzo se interponía entre nosotros.

–Siendo así, ¿quién os llamó para que hicierais esos trabajos?

–La propuesta corrió por los ambientes artísticos. Es lo único que recuerdo. No era la primera vez que trabajaba como modelo. Había empezado hacía ya unos años, gracias a una monja. No sé cómo se llamaba ni a qué orden pertenecía. Se acercó a mí en una iglesia un domingo por la mañana y, ahora que recuerdo, también me habló

de un pintor llamado Anónimo, pero no posé para él. Todos decían que estaba medio loco.

Raphael sacudió la cabeza.

–¿En una iglesia? –dijo, incorporándose de la cama.

–Sí, en una iglesia. Soy pecadora, pero tengo fe. En una ocasión oí decir que María Magdalena estaba más cerca de Cristo que el resto de los discípulos y apóstoles. ¿Acaso no fue ella la que descubrió que el sepulcro estaba vacío y la que anunció la resurrección de Nuestro Señor?

–Lo que me sorprende no es vuestra fe, sino que una monja vaya buscando modelos a los pintores.

–Lo hizo para apartarme del pecado, para procurarme una manera diferente de ganarme la vida. Eso dijo.

–De manera que no sabéis quién era la tal monja.

–No puedo ayudaros a encontrarla.

–¿Es todo lo que sabéis sobre el Anónimo?

–En realidad, no sé nada, pero ¿habéis venido solo para eso?

–Sí. –Raphael se detuvo delante de la puerta cerrada, rozó con los dedos el picaporte y vaciló un instante antes de bajarlo–. Yo...

Miró a la joven.

Puede que a ella le pareciera que estaba cambiando de opinión y que iba a retroceder para hacer por fin lo que debía: honrar su belleza, respetar el sentido de las cosas, la lógica ínsita a los fenómenos de la naturaleza, las expectativas normales, pero él se limitó a decir sin volverse:

–No me habéis visto, no os he hecho preguntas, jamás.

A continuación, salió de ese pequeño y más que refinado reino de gruñidos.